

tristes, y adonde él, que antes llevara alegrías, llevaba nuevas tristezas.

## II

## La flor de la vida

En uno de los sauces del remanso había un nido de quintovés. Los dos pajaritos amarillos, alegres con la llegada de la primavera, cantaban todo el día posados en las altas ramas o en el durazno cargado de flores nuevas.

Rina los quería, viéndolos tan de las casas.

Un día que habían volado hasta el camino, uno de los primeros veraneantes de aquel año, que pasaba con una escopeta, mató a uno de ellos.

Rina lo encontró destrozado al pie de un árbol, y durante tres días en el remanso sonó como un lamento el grito angustioso del pajarito abandonado que llamaba a su compañero.

Después ya no se le oyó más; pero a la mañana siguiente, cuando la muchacha bajó al arroyo, halló al quintové muerto al borde del remanso, donde aun estaban los huesitos del otro, comido por las hormigas.

La llenó de tristeza el pequeño drama que había presenciado.

Esa tarde fué Miguel a verla y ella le contó la historia de los quintovés.

—Si usted, niño Miguel, me deja de nuevo, yo me moriría como el quintové.

Miguel la miró en los ojos profundos, inocentes a pesar de todo; le tomó la mano, y ella, llena aún de pudores, pero enamorada hasta el fondo del alma, se la abandonó, poniéndose colorada como el corazón de la flor de durazno.

Cuando él la tocaba, ella se sentía débil y esclava de él.

Hacía quince días que vivía una vida nueva y extraña.

Dos o tres veces en ese tiempo había visto a don Filemón.

El cura se le acercaba a preguntarle por Fabián, y ella temblaba toda entera, miedosa de que los ojos claros que la miraban con dulzura, se volvieran duros y hostiles descubriendo el secreto de su vida.

Las palabras del cura, de que antes estaba llena su alma, habían volado como las flores del durazno barrido por un viento de estío.

¿Pero era de ella toda la culpa?

Cuando Fabián se fué, lloró sentada al borde del remanso. Tenía miedo de lo que iba a ser de ella, abandonada al amor que llamaba a su puerta con los recuerdos de la infancia, con las tristezas de su vida obscura, con las palabras ardientes del hombre que desde niño mandaba en su corazón, como un rey de los cuentos de hadas.

¿Tenía ella la culpa de haberle amado cuando niña y de no poder arrojar ahora ese amor, para imponer el amor a su novio?

Tentada estuvo muchas veces de abrir su corazón al cura, buscando en sus consejos la fuerza que le iba faltando.

Pero nunca se animó. Si don Eugenio, que cada vez que la veía le hablaba con cariño, le hubiera preguntado algo, ella le habría contado también a él sus batallas. Pero tampoco se animó.

¿Por qué se había ido Fabián?

Pocos días después de su partida, llegó Miguel al arroyo, donde ella lavaba.

Sin querer tuvo que oír las palabras del joven, humildes y sencillas, llenas de la misma tristeza que ella tenía en el alma, y que bajaban hasta ella turbándola con los recuerdos que evocaban.

Al día siguiente no volvió al remanso y permaneció encerrada en su casa. A toda costa quería ser fuerte, y guardar su fe para su novio ausente.

Candela le contó que Miguel la había aguardado bajo los sauces, la tarde entera, y que después había tomado el camino de su chalet, al tranco de su caballo, pensativo y triste.

Mucho tiempo estuvo segura del triunfo. Pero algunos días amanecía con la voluntad enervada y floja; y el corazón ansioso que no se llenaba con los recuerdos del conscripto, deseaba algo indefinible.

Todo se conjuraba entonces para combatirla: la soledad en que vivía, su ignorancia de las cosas del mundo, las historias de Candela que la impregnaban de vagos anhelos, las palabras de Miguel, cada día más empeñado en la conquista de aquella extraña flor de sierra...

¿La amaba él?

Hasta entonces, en ninguna de sus aventuras se había mezclado el amor para nada.